

La noche de la Tierra

Por Yago Otero
maskdumorte.com

Esta noche nos hemos reunido aquí, para festejar el día de nuestra Madre Tierra, brindamos y comemos en su honor, le agradecemos todos los bienes que nos brinda. La cuidamos y protegemos igual que ella lo hace por nosotros.

Hoy ante la hoguera, el fuego purificador, con el calor que nos ofrece en las oscuras noches nuestra amada. Os narraré una vieja historia que perdura en nuestro saber popular desde tiempos inmemoriales.

El relato comienza en los bosques de la Montaña Reutereq, cuando un joven músico llamado Jacob se desviaba del camino hacia Smeppor-ire, distraído mientras tocaba su oboe. Cuando se dio cuenta de que se había perdido ya era demasiado tarde para reencontrar el camino principal, así que decidió seguir caminando hacia el oeste.

El joven se detuvo al encontrar una pequeña catarata con un lago, ni demasiado grande ni demasiado profundo. Cansado después de la larga caminata se arrodilló en la orilla de lago, e introdujo su cabeza en el agua para beber y refrescarse. Inconsciente de que aquel lugar era la morada de una hija de Gaia, y de que esta lo observaba desde el fondo del lago.

Jacob abrió los ojos, y se levanto sobresaltado creyendo haber visto una figura femenina fluyendo entre las aguas como si fuera parte de ellas. Atónito, mientras aun se debatía sobre sus visiones, quizá producidas por el cansancio o por el estrés de haberse perdido, la diosa curiosa y algo enfadada por el atrevimiento del mortal a beber de su agua, decidía manifestarse ante él.

Desde el centro del lago las aguas se hundían hacia lo desconocido, como si se acabara de abrir un pozo sin fondo hacia el centro de la tierra. Y de su interior, de entre la bruma que surgía se apareció la figura de la mujer. Jacob no podía apartar la vista incrédulo de lo que sus ojos veían. Una preciosa joven, con el cabello castaño, corto, recogido tras una cinta con tres preciosas piedras engarzadas.

Su cuerpo, desnudo cual bebé recién nacido, mostraba una piel luminosa, por la cual jugueteaban varias llamaradas de distintos tonos. Unas, blancas como la luz de la Luna, otras azules como el agua del río. Se acerba a él, rozando y dejando una fina estela en la superficie lisa del agua. Flotando en el aire como una pluma que es impulsada por una dulce brisa.

Con una leve y susurrante voz se dirigió al mortal.

- ¿Quién eres humano, y cómo osas beber de mi agua?

El músico quedo obnubilado por unos segundos ante la hermosa figura y la voz de aquel ser angelical, que le transmitía una calidez y un bienestar dignos de la gloria. Al principio con vergüenza, se atrevió a hablar.

- Mi nombre es Jacob, disculpe mi osadía pero me hallaba perdido y cansado, me encontraba sediento y desconocía de su presencia.
- Guárdate tus disculpas, hais de saber mortal que estáis condenado. Aquel que bebe de esta agua esta destinado a hundirse con ellas hasta lo más profundo de la tierra. Pero no desesperéis todavía, pues aun tenéis oportunidad de salvar vuestra alma. Si sois capaz de nombrarme, con un nombre digno de lo que soy, seréis libre y se os concederá lo que pidáis.

- Pero también has de saber que jamás nadie lo ha logrado. Pues ningún humano puede nombrar a un dios en la insignificante y aberrante lengua de los mortales. Tenéis hasta que se ponga el sol para intentarlo. No intentéis huir pues cuando caiga la noche, seréis transformado en agua y absorbido por la tierra de igual modo.

Jacob, se debatió entonces cual podría ser la solución a aquel enigma. Si ningún humano en lengua humana podría nombrarla, ¿Por qué darle esa oportunidad?

Pasaban las horas y el ocaso se ceñía sobre él. La diosa jugaba divertida con unos lirios que se encontraban en el agua, sabiendo que el pobre chico no lo conseguiría ni aunque dispusiera de mil años.

El nerviosismo hacia mella ya en el joven y desesperado decidió dedicarle su última canción a la bella diosa que seria su último y mejor público. Sacó su flauta y comenzó a tocar. Inspirado por la belleza de la diosa, por el anochecer que se acercaba y aun hacia mas hermoso el lugar, improvisó una hermosa canción que atrajo la atención de la diosa.

Triste, bella y profunda, se introdujo la música en el alma de la inmortal. De cuyo rostro comenzaron a manar delicadas lágrimas de cristal. Observando Jacob aquellos preciosos ojos, se sintio atraído por la mujer, que parecía comprender de un modo especial la música que componía.

Y así comenzó a brotar una leve melodía de entre el resto de las notas, como un susurro que se grita al cielo. Y que parecía decir: “Aserah te amo, no llores más, deseo estar siempre a tu lado”.

Cuando termino la canción, la diosa sintiese complacida por la música del hombre y le dijo:

- Muy bella ha sido vuestra canción, me habéis hecho llorar. Me habéis emocionado y habéis sido capaz de hablarme y nombrarme de una forma que muy pocos humanos son capaces de asimilar. Sois libre para marcharos. Pedidme lo que deseáis.

El joven, ahora sin vacilar, se levanto de la roca donde se hallaba y se acercó a la mujer. Mirándose a los ojos, al alma, mientras la distancia se hacía mas corta. Al fin llegó a su lado y la besó.

- Libre soy ahora de la condena, mas preferiría la condena más cruel que separarme de vuestro lado ahora que os he conocido. Amadme para siempre, eso es lo que os pido. Al igual que yo os amo a vos.
- Ingenuo mortal, os amo desde que empezasteis a tocar para mí y me hicisteis llorar por vos.

Sin darse cuenta la noche había llegado, la paz que reinaba en el lugar, solo se veía alterada por la música del agua que fluía en la catarata y por el sonido de los animales que moraban en el bosque. Se fundieron entonces los enamorados en un abrazo y se comieron a besos.

Complacida la madre Gaia con su amor, comenzaron a elevarse en el aire y se convirtieron en viento, y así continuaron el ascenso hasta lo más alto del firmamento. Allí donde están las estrellas. Y allí permanecen hoy en día, unidos en ese eterno abrazo, podemos observarlos noche tras noche.



maskdumorte.com